

PARA ENTRAR EN EL SIGLO XXI: EL PASO POR EL SURESTE

YVON LE BOT

INTRODUCCIÓN

LA GLOBALIZACIÓN —ECONÓMICA, PERO SOBRE TODO FINANCIERA— va de la mano del desvanecimiento de las antiguas ideologías universalistas, del debilitamiento de los Estados-nación, de la disociación brutal entre los mercados mundializados y las identidades particulares, de la expansión del consumo y la comunicación de masas, y de la fragmentación de las culturas. También, como reacción, va acompañada de la proliferación de movimientos de identidad de carácter étnico, religioso o nacional. Su expresión política rara vez es democrática. Casi por todas partes afloran poderes neocomunitarios, regímenes comunitaristas y tentativas de perpetuar o recrear, de manera voluntarista y autoritaria, comunidades homogéneas.

El movimiento zapatista se presenta como una reacción a la globalización neoliberal y como una tentativa de conciliar la identidad y la democracia. Rechaza la omnipotencia de un mercado que multiplica las desigualdades sociales y aniquila las identidades particulares, pero no para instaurar un orden igualitario nivelador ni para preconizar repliegues comunitaristas o nacionalistas. Los calificativos que le han sido aplicados, tales como “insurrección poscomunista” o “guerrilla posmoderna”, quizá no son totalmente adecuados. Sin embargo, tienen el mérito de destacar ciertas características que constituyen la originalidad del zapatismo y que explican su extraordinaria repercusión; el movimiento se ha desarrollado en forma paralela a la descomposición de las ideologías sobre el sentido de la historia y a la crisis de la modernidad. No apela a los principios universales abstractos o a las categorías generales en los que esos principios se encarnaban (la Razón, la Ley Moral, el Progreso, la Historia, el Estado, el Hombre y el Ciudadano, la Revolución, la Nación, el Pueblo, el Proletariado, etc.), sino a la formación de actores históricos concretos,

a sus derechos, a sus intereses y a su cultura. Su horizonte es el de una universalidad plural, una universalidad que se conjuga con la diversidad cultural. "El mundo que queremos es un mundo donde quepan muchos mundos."

Los zapatistas buscan y se abren paso entre el mundo antiguo y el nuevo mundo. Por sus orígenes, reales o míticos (un movimiento histórico también posee su mito de origen), tienen un cierto parentesco con los antiguos actores históricos (proletariado, clase obrera, movimientos campesinos, movimientos de liberación nacional) que ocuparon el primer plano durante los siglos XIX y XX, hasta en América Latina, donde esos actores aparecían casi siempre con formas heterónomas, inacabadas o trágicas.

Como su nombre lo indica, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) reivindica al movimiento campesino fundador de la Revolución mexicana y los movimientos latinoamericanos de liberación nacional. Sin embargo, el EZLN ha vivido, desde su creación a principios de los años ochenta, varias inflexiones ocasionadas por el derrumbe del comunismo, por su encuentro con el mundo indígena (choque cultural), por la afirmación en su interior de la voluntad de lograr la emancipación de la mujer y, luego del levantamiento del 1 de enero de 1994, por su encuentro con la sociedad civil. También por el impacto que ejerció la contrarrevolución neoliberal emprendida en los años ochenta y que llevó a su máxima expresión el gobierno de Salinas (choque económico y social).

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES

La sublevación zapatista no surgió de la nada ni por generación espontánea. Tampoco es un epifenómeno engendrado por confabulaciones y manipulaciones.

Hoy conocemos lo esencial sobre la genealogía y génesis del levantamiento.¹ La mayoría de sus bases y sus militantes proviene del movimiento de liberación y modernización que ha recorrido y dividido a las comunidades indígenas desde los años cincuenta. Pertenecían a la corriente de renovación católica que impulsó el clero de la diócesis de San Cristóbal, bajo la batuta del obispo Samuel Ruiz. Muchos de ellos obtuvieron su preparación para la acción social y política en el marco de una organización maoísta. A partir de la implantación del EZLN en la Selva Lacandona, a principios de los años ochenta, la movilización, el reclutamiento y el

¹ Véase la bibliografía al final del capítulo.

adiestramiento han sido las tareas principales de esta organización de inspiración castro-guevarista, que reivindica sus antecedentes mexicanos. La experiencia zapatista también ha absorbido el discurso y la práctica de las guerrillas centroamericanas, aunque más por contacto, proximidad o difusión por los medios de comunicación, que por la participación de miembros del EZLN en las guerrillas centroamericanas o de guerrilleros centroamericanos en el movimiento zapatista.

Éste, sin embargo, no es la mera prolongación de las luchas campesinas indígenas que tuvieron lugar en Chiapas durante los últimos decenios, con el apoyo de organizaciones políticas y sindicales, instituciones religiosas y asociaciones para el desarrollo, ni es una extensión de las guerrillas centroamericanas. Contra una interpretación "ecuménica", tampoco es la confluencia armónica de los "cuatro caminos", es decir, las luchas campesinas, la emancipación indígena, la teología de la liberación y el proyecto político-militar. En cierto momento, durante los años ochenta, esas diversas lógicas efectivamente coexistieron, estrechamente unidas, sobre todo en Las Cañadas, por las imbricaciones de la Unión de Uniones-ARIC, el grupo *Slop*,² la Palabra de Dios y el EZLN. Pero lo que permite comprender el surgimiento del zapatismo son los desgarramientos en la sociedad local y las conmociones en los ámbitos regional, nacional e internacional, la competencia entre proyectos diferentes, las rupturas en las lógicas de acción, y las discontinuidades tanto como las continuidades. El zapatismo se formó sobre la base de la disociación de las comunidades, los conflictos de generación, las disidencias religiosas, las transformaciones de las relaciones sociales de producción, las fracturas del sistema de dominación y la fragmentación de las organizaciones sindicales y políticas de oposición. También debemos tomar en cuenta las disidencias, divisiones y fracasos, así como la voluntad de superarlos, si queremos comprender las utopías, esperanzas, proyectos y tentativas de reconstrucción que caracterizan el zapatismo.

LA GRAN CONMOCIÓN (EL ZAPATISMO, EL COMUNISMO Y LAS GUERRILLAS LATINOAMERICANAS)

Una de las razones que explican la sorpresa, el escepticismo y el interés que ha suscitado el levantamiento es que éste surgió en el ocaso del perio-

² *Slop* significa raíz, en tzeltal. Esta organización militante que se formó en el seno de la diócesis de San Cristóbal, a principios de los años ochenta, conjugaba la teología de la liberación y la reafirmación de las raíces indígenas.

do de decadencia de las ideologías revolucionarias (incluida la teología de la liberación), de desdibujamiento o retracción de los actores —estados, partidos y movimientos— que eran los portavoces de dichas ideologías o que hacían referencia a ellas, tanto en el escenario nacional mexicano como en el paisaje regional latinoamericano (sobre todo, las guerrillas) y en el ámbito mundial en su conjunto.

Todas las guerrillas revolucionarias de América Latina posteriores a la revolución cubana, ya fueran puramente guevaristas o con una connotación trotskista, maoísta o, a veces, nacionalista (como el M19 en Colombia o la ORPA en Guatemala) tenían un denominador común, a saber, que su objetivo era tomar el poder mediante la lucha armada. El resto de sus metas se subordinaban a él y todas las conductas debían llevar a él. Pero el zapatismo, aun cuando proviene del mismo horizonte, se ha alejado gradualmente de esa galaxia, hoy en vías de extinción.

El surgimiento del zapatismo es contemporáneo y paralelo al derrumbe del comunismo. El EZLN nació a principios de los años ochenta, cuando el enfrentamiento entre *Solidarnosc* y el gobierno polaco esbozaba la crisis final del sistema soviético, y tomó vuelo a partir de 1988-1989, al tiempo que se desbarataban, uno tras otro, los regímenes de los países del Este. Asimismo, en 1989, el proceso Ochoa acentuó la decadencia y pérdida de prestigio del régimen cubano. En noviembre de ese mismo año, unos días después de la caída del muro de Berlín, la ofensiva del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), en El Salvador, presentó la última crecida de la guerrilla salvadoreña, antes del reflujo y de los acuerdos de paz (enero de 1992). En febrero de 1990, los sandinistas perdieron las elecciones en Nicaragua y, en esos mismos años, comenzó en Guatemala un laborioso proceso de paz que habría de llevar a los acuerdos de 1994-1996.

En México, también, la mayoría de los integrantes de la izquierda revolucionaria había iniciado un viraje. Algunos se convirtieron y se unieron a la contrarrevolución neoliberal del presidente Salinas, entre ellos ciertos líderes y militantes del movimiento maoísta que precedió, en Chiapas, al zapatismo. Otros, más numerosos, se adhirieron a Cuauhtémoc Cárdenas para después integrarse al Partido de la Revolución Democrática (PRD). La lucha armada había pasado de moda. Algunos miembros de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, que antes simpatizaron con los movimientos revolucionarios centroamericanos y que ayudaron al zapatismo a entrar en contacto con las comunidades indígenas, ahora consideraban que la caída del muro de Berlín, el fin de las guerrillas en América Central y la penetración del neocardenismo habían hecho anacrónica la lucha armada.

El mismo EZLN evolucionó en una dirección que lo enraizó en el mundo indígena y lo hizo regresar del camino marcado por los movimientos revolucionarios de liberación nacional, para acentuar su componente propiamente zapatista. Sin embargo, ese doble arraigamiento, étnico y nacional, que Marcos expresa con la figura sincrética de *Votan-Zapata*,³ no implicó que el movimiento diera marcha atrás, sino que, por el contrario, lo proyectó hacia el futuro.

Al desempolvar y “sacar de los museos y los palacios” la figura de Zapata, es decir, la imagen de la revolución que precediera, a principios de siglo, a la revolución soviética, el zapatismo retomó el hilo que interrumpieron los regímenes estatistas autoritarios del siglo XX (incluido el régimen nacional-popular mexicano). Ese hilo conduce al cuestionamiento sobre la nación y sobre la relación entre la sociedad civil y el poder, en un mundo globalizado, tras la descomposición tanto de los Estados nacional-populares como de los Estados comunistas.

MOVIMIENTOS SOCIALES ÉTNICOS E INSURRECCIÓN ARMADA

Fue el encuentro con el mundo indígena lo que condujo al zapatismo a plantearse una pregunta que hoy resulta crucial, a saber, la pregunta sobre las identidades, la diversidad cultural y la comunicación intercultural. ¿Cómo conjugar la demanda de igualdad con el reconocimiento de la diferencia?

Mientras que la mayoría de las organizaciones de guerrilla latinoamericanas no supieron o pudieron establecer un vínculo con las poblaciones indígenas y otras les impusieron su propia lógica, de clase y nacional, el encuentro evitó que el EZLN desapareciera prematuramente, lo desvió mediante sacudidas sucesivas de su línea original y lo hizo entrar en otra lógica, otro ritmo, otra temporalidad.

El encuentro fue con indígenas que vivían a su vez una ruptura con la tradición comunitaria (la “costumbre”). Ellos se habían arrancado el pesado yugo de las comunidades y las fincas, de las que casi siempre fueron expulsados para emprender un largo rodeo hacia la modernidad. Como sus hermanos guatemaltecos del Ixcán, del otro lado de la frontera, durante el éxodo se cruzaron con un grupo de guerrilleros que también realizaban la “travesía del desierto”. Estos indígenas, organizados en neocomunidades, construyeron una economía, reconstruyeron los lazos

³ *Votan* es una figura mítica maya.

sociales, instauraron nuevas relaciones de poder e inventaron una indianidad genérica, liberada del localismo cerrado de las antiguas comunidades y de las imágenes negativas del indígena. De esta manera volvieron a encontrar la confianza en ellos mismos y la autoestima.

El trauma del desprendimiento, las adversas condiciones de vida en la selva y las violentas confrontaciones con los hacendados, comerciantes, explotadores de madera, y representantes del estado de Chiapas y del Estado federal, alimentaron un neocomunitarismo con fuerte carga religiosa, neocatólica o protestante, que era a su vez intolerante hacia sus propias minorías y disidentes. Esto también es cierto en lo que se refiere a los sectores en ruptura de sus comunidades que permanecieron en Los Altos.

Pero, a diferencia del movimiento de Canudos, que tuvo lugar en el noreste brasileño, a finales del siglo XIX, el movimiento de liberación indígena de Chiapas no estaba animado por una lógica de rechazo de la sociedad nacional, sino, todo lo contrario, por una lógica de integración nacional.

El zapatismo y la ruptura del movimiento de liberación y modernización indígena

El injerto del EZLN en ese movimiento no hubiera tenido éxito si éste no se hubiera estrellado contra un muro y hubiera estallado.⁴ Las contradicciones y callejones sin salida de la dinámica del desarrollo son los que explican el viraje de una porción de la población hacia una lógica de insurrección que, a su vez, aceleró y profundizó las rupturas. La crisis del movimiento campesino indígena de 1982-1983 facilitó la implantación del núcleo guerrillero, al incitar sobre todo a una fracción de la estructura diocesana a que se acercara a ellos. Las divisiones en el interior del movimiento social se acentuaron a partir de 1988 y 1989, a resultas de la coyuntura económica (caída del precio del café, crisis de la ganadería), la política salinista (la cooptación de un sector del movimiento mediante la solución del problema provocado por la creación de una reserva lacandona, durante la presi-

⁴ "Los solicitantes de tierra de la Unión de Uniones encontraron un muro impenetrable de injusticia, corrupción e impunidad, que entre otros aspectos se reflejaba hasta en la sólida red de relaciones entre la burocracia agraria y los propietarios, que hacía que la ley no valiera de hecho para los campesinos. Esto sembró la desesperanza entre los solicitantes de tierra que querían resolver por medio de la justicia sus problemas agrarios con los finqueros. Y a su vez todo ello reforzaba la propuesta de que no quedaba otro camino que el de las armas, que sólo con la revolución se resolverían estos problemas y toda la injusticia social en general". Véase María del Carmen Legorreta Díaz, *Religión, política y guerrilla en Las Cañadas de la Selva Lacandona*, México, Cal y Arena, 1998, p. 197.

dencia de Echeverría, y mediante los programas de Solidaridad,⁵ la veda forestal que ponía trabas a la economía campesina, la reforma del Artículo 27 constitucional y otras medidas que preparaban el terreno para la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, TLCAN), así como de las evoluciones ya mencionadas del contexto político centroamericano y mundial. Este contexto contribuyó sobre todo a la ruptura entre los zapatistas y la diócesis.

El zapatismo se nutrió de los atolladeros que enfrentaba el movimiento social, el cual entró en crisis desde principios de los años ochenta y empezó a dividirse irremediablemente a partir de 1988, es decir, a partir del momento en el que debía definirse frente a una política neoliberal ofensiva, que combinaba la destrucción de la economía de comercio campesina, la cooptación (Solidaridad) y la represión (Patrocinio González).

Sin embargo, la oposición entre el sector reformista (que se convertirá en la ARIC oficial) y el sector radical no se reduce al enfrentamiento de dos estrategias, una de negociación con las instancias gubernamentales y otra de confrontación armada. Cualesquiera que fueran las contradicciones y ambivalencias en la actitud de los indígenas frente a las autoridades, un número creciente de ellos aspiraba a ser reconocido como sujeto, exigía ser respetado y reafirmaba su autonomía de acción frente al desprecio de los "ladinos" y las prácticas clientelistas y autoritarias del poder. En la revuelta zapatista, nacida de las rupturas sucesivas y dirigida contra las formas antiguas y nuevas de dominación social, cultural y política, se consolida un actor social y étnico.

El zapatismo y los movimientos indígenas en América Latina

De hecho, el zapatismo expresó de la manera más intensa y espectacular las demandas y la problemática de los movimientos indígenas que surgieron en América Latina durante los últimos decenios, y que presentan muchas similitudes con otros movimientos de poblaciones autóctonas de todo el mundo. Las experiencias, positivas o negativas, se multiplicaron a partir de la aparición de la Federación Shuar, en los años sesenta, en la Amazonia ecuatoriana, pasando por las luchas del Consejo Regional de los Indígenas del Cauca (CRIC) en Colombia, el movimiento katarista en Bolivia, la guerra en la Moskitia nicaragüense, el conflicto guatemalteco,

⁵ A partir del momento en que la Unión de Uniones se constituye oficialmente como ARIC (1988), la corrupción aumenta fuertemente en ella y las divisiones se acentúan.

las insurrecciones de los años noventa en la Sierra de Ecuador, la Coalición Obrera, Campesina y Estudiantil del Istmo (COCEI), y otras tentativas mexicanas de independizarse del indigenismo oficial.

Los zapatistas no tienen un conocimiento preciso y directo de esos movimientos y conflictos, ni hacen referencia alguna a ellos. La cultura maya que comparten, las condiciones y modalidades muy semejantes de emancipación y desarrollo, y los antiguos contactos, reforzados por las migraciones que provocó el conflicto guatemalteco en los años ochenta, los acercan a los indígenas del país vecino. Sin embargo, el paralelismo de ambas trayectorias no remite a vínculos orgánicos ni a estrategias deliberadas. Es cierto que ha habido convergencias, influencias y entrecruzamientos, sobre todo por las mediaciones eclesiásticas, como ocurrió, por ejemplo, durante el Congreso Indígena de 1974, con la acogida de los refugiados guatemaltecos en los años ochenta y, en el ámbito continental, cuando se organizó una movilización contra la conmemoración del quinto centenario del Descubrimiento de América, en 1992. Sin embargo, las afinidades y similitudes, que derivan sobre todo de la lógica interna de los movimientos indígenas, de la identidad de los actores y de los tipos de conflicto y problemática, no impiden que existan diferencias importantes y profundas divergencias, particularmente en las articulaciones con las organizaciones políticas o político-militares.

Sin estar vinculada orgánicamente a los movimientos indígenas del resto del continente, la revuelta zapatista se inscribe en la misma línea y dio un impulso a la reafirmación autónoma de muchos grupos indígenas de otras regiones de México. No constituye la síntesis perfecta, la realización o consolidación de lo que existía en estado potencial o inacabado en los otros movimientos y conflictos, pero ella planteó de la manera más significativa, expresiva y ejemplar la pregunta sobre las relaciones entre la identidad y la democracia: ¿cómo combinar la reafirmación de la identidad y la exigencia democrática? Los otros movimientos no plantearon esta pregunta de una forma tan política; no cuestionaban el poder de una manera tan directa y radical, sino que más bien se mantenían a distancia de él. Sus acciones se desplegaban sobre todo en la esfera económica, social o cultural, y casi siempre dentro de lo regional. Algunos grupúsculos o líderes indígenas intentaron, sin mucho éxito, abrirse un lugar en el ámbito político partidista. Ciertos dirigentes, grupos o fracciones de la población indígena se adhirieron, voluntariamente o no, a las estrategias y lógicas político-militares de los movimientos de liberación nacional o de sus enemigos (Nicaragua, Guatemala, Perú, Colombia). Fue un desastre para ellos y para grandes sectores de las comunidades.

Las tentativas (de las que existen ejemplos en los países mencionados) de poner los movimientos sociales étnicos al servicio del resurgimiento de

los movimientos revolucionarios partían de malos entendidos y terminaron en el fracaso. Los dos tipos de movimiento responden a lógicas de acción diferentes. Los primeros no son sucedáneos ni sustitutos de los segundos. La figura del indígena no podría remplazar a la figura desfalleciente del proletario —obrero o campesino del Tercer Mundo—, en tanto portavoz de una redención y revolución mundiales. Los movimientos indígenas reales no remiten a algún tipo de figura mesiánica dominante y orientadora del movimiento histórico. Éstos, por el contrario, se caracterizan por construir sujetos históricos particulares, en luchas de emancipación que conjugan la afirmación de la diferencia y la demanda de igualdad.

Es esto lo que atrae —sobre todo en el caso de los zapatistas— la simpatía de ciertos individuos y grupos —en su mayoría jóvenes— que viven, a su vez, similares experiencias de lucha contra la dominación y la dependencia, la discriminación y la exclusión, y que llevan a cabo el mismo trabajo de subjetivación. “Nuestra solidaridad con ellos [los zapatistas] deriva de nuestras propias luchas”, afirma un indígena ecuatoriano. La comunicación entre zapatistas y “zapatizantes” no se basa, a diferencia de los antiguos internacionalismos, en la adhesión a una causa común. También rompe con el humanitarismo basado en el sentimiento de culpa, que se nutre de la victimización y está marcado de paternalismo.⁶ Dicha comunicación se establece entre sujetos iguales, respetuosos de sus diferencias y confrontados a situaciones que, en un mundo globalizado, se hacen eco entre sí. De esta manera, por medio de identificaciones, correspondencias y redes se bosqueja una universalidad que no consiste en un principio o en una figura únicos, sino que, por el contrario, se alimenta de la diversidad de identidades.

Asociando la identidad particular y las redes interactivas, los movimientos indígenas, y en particular el zapatismo, participan en la obra de recomposición del mundo. No se confinan a su dimensión local o regional, ni son simplemente categoriales o sectoriales. Son, como los movimientos de las mujeres, movimientos culturales.

LA OTRA MITAD DEL SUEÑO (LEVANTAMIENTO ZAPATISTA Y EMANCIPACIÓN DE LA MUJER)

Las mujeres indígenas chiapanecas son objeto de opresión y discriminación por partida doble. En las comunidades tradicionales, estas mujeres

⁶ No obstante, la masacre de Acteal (diciembre de 1997) dio lugar al retorno obligado de una solidaridad compasiva, de la que existen formas respetables y necesarias.

están confinadas a la dependencia y relegadas a la esfera de lo privado; se les reduce a desempeñar papeles de reproducción biológica, económica, social y cultural; se les somete al dominio de los hombres, que descargan en ellas el desprecio y las violencias de los que ellos mismos son objeto en sus relaciones con el resto de la sociedad.⁷ El machismo y el sexismo de la sociedad global están interiorizados y a menudo acentuados en las comunidades. Tradicionalmente, éstas eran gobernadas por una gerontocracia masculina, un consejo de ancianos al cual las mujeres no tenían acceso.

El periodo pionero de la emancipación indígena (de los años cincuenta a los setenta) estuvo caracterizado por un comunitarismo que a menudo era muy exclusivo. En las neocomunidades, las mujeres seguían sin tener otra existencia que como elementos del todo, por el papel que desempeñaban dentro de la familia y la comunidad. Una concepción holística en la que no es concebible que los conflictos que enfrenten a hombres y mujeres se desplieguen en la escena pública y puedan ser resueltos de otra forma que no sea de conformidad con las reglas del dominio patriarcal. La preeminencia de la familia y la comunidad también se impone a los hombres, pero de manera ventajosa para ellos.

No obstante, las neocomunidades que se forman en esta fase de modernización responden a un ideal de igualitarismo, que tiene efectos benéficos. Las relaciones hombre-mujer se vuelven menos desiguales, por no decir que igualitarias. La desagregación de la costumbre, el inicio de la escolarización femenina, la participación de las mujeres "catequistas" en el *aggiornamento* católico y el lugar que se les concede en las iglesias y sectas evangélicas abren brechas. Asimismo, la restricción del alcohol en el marco del movimiento catequista y su prohibición en los grupos evangélicos contribuyen a mejorar el destino de las mujeres. Algunas ONG cercanas a la Iglesia católica, ciertas organizaciones de izquierda y, en ocasiones, también algunos organismos oficiales, como el INI, les ayudan a conseguir parcelas de autonomía económica, les hacen participar activamente en programas colectivos de producción, salud y educación, y les permiten que su voz empiece a ser escuchada públicamente.

⁷ Jules Falquet, "Les femmes indiennes et la reproduction culturelle: réalités, mythes, enjeux. Le cas des femmes indiennes au Chiapas, Mexique", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 13, IHEAL, París.

Estos cambios prepararon el terreno para los que tuvieron lugar en el estado de Chiapas de los años ochenta. Marcos relata que el primer levantamiento zapatista no fue el del 1 de enero de 1994 sino, tiempo antes, la insurrección de las mujeres dentro del zapatismo, que condujo a la promulgación de una "ley revolucionaria de mujeres". Hoy las tropas zapatistas tendrían una composición femenina de 30% y esta proporción sería igual en los cargos de dirección. En el seno del movimiento, las mujeres participan en las asambleas en igualdad de condiciones y algunas figuras femeninas se colocan en primer plano durante los actos que tienen una fuerte carga simbólica, como cuando la "mayor" Ana María leyó el texto de bienvenida en Oventic, durante el primer encuentro intercontinental, o cuando la "comandante" Ramona apareció como representante del EZLN, en el zócalo de la ciudad de México, en ocasión del Congreso Nacional Indígena, en octubre de 1996.

El zapatismo manifestó y aceleró la entrada de las mujeres indígenas en el espacio público. Sin embargo, a menudo esto sigue estando en el orden de las intenciones, las declaraciones o las conductas voluntaristas y minoritarias. Las resistencias masculinas son muy fuertes; se encubren tras las "necesidades de la guerra" y se exacerban con los atolladeros que encuentra el conflicto. El acento que ha puesto el zapatismo en la liberación de las mujeres es también una de las causas de las fricciones con la Iglesia católica.

El dominio masculino y la exclusión de las mujeres están profundamente arraigados en las instituciones, las conductas y las mentalidades, incluso dentro de las comunidades zapatistas. También encuentran defensores entre los integristas de la "costumbre" y los fundamentalistas de la cultura indígena, algunos de cuyos representantes se encuentran en las instancias del Consejo Nacional Indígena.⁸ La emancipación de las mujeres indígenas supone una transformación de las mentalidades y los comportamientos.⁹

En ocasiones los zapatistas han decepcionado a sus simpatizantes feministas. Su ambición de ser un motor de la democratización depende de su capacidad para promover la emancipación de la mujer, de su capacidad para dar a las mujeres indígenas su dignidad.

⁸ Véase Rosalva Aída Hernández Castillo (coord.), *La otra palabra. Mujeres y violencia en Chiapas antes y después de Acteal*, México, CIESAS, 1998, pp. 135 y 136.

⁹ "También tenemos que pensar qué se tiene que hacer nuevo en nuestras costumbres, la ley sólo debiera promover y proteger los usos y costumbres que las mujeres, comunidades y organizaciones analicen si son buenas. Las costumbres que tengamos no deben hacer daño a nadie." Encuentro taller "Los derechos de las mujeres en nuestras costumbres y tradiciones", citado por Hernández Castillo, *op. cit.*, p. 133.

EL ZAPATISMO Y LA SOCIEDAD CIVIL

La no violencia armada

Tras los enfrentamientos de enero de 1994, que dejaron entre 200 y 300 muertos, los zapatistas se han mantenido en estado de no violencia armada, durante más de cuatro años.¹⁰ En esto, también, el zapatismo se distingue de las guerrillas revolucionarias, así como de sus propios orígenes. Aquellas guerrillas respondían golpe por golpe; la "violencia revolucionaria" era un elemento central de su doctrina y de su práctica. Algunas no dudaron incluso en provocar la represión del poder contra la población civil, con el fin de llevarla a su campo.

Los dirigentes zapatistas que esperaban una insurrección general (sin tener mucha fe en que así ocurriera, dice Marcos) y una reacción militar masiva, pensaban que la movilización de la opinión nacional e internacional les ayudaría a proteger sus bases. La insurrección general no se produjo; la movilización nacional, sí, pero en la forma de manifestaciones contra el enfrentamiento armado y por la paz. Ya sea que éstas hayan influido o no sobre la decisión rápida de las autoridades de adoptar una estrategia más política que militar, el hecho innegable es que dichas manifestaciones hicieron que los zapatistas descubrieran la existencia de una sociedad civil que se oponía a la guerra y que ello contribuyó al viraje del movimiento. Desde enero de 1994, el EZLN busca los caminos por los cuales el poder articularse con esa sociedad civil.

Los zapatistas son campesinos en armas, a la manera del movimiento zapatista de principios de siglo, y no guerrilleros profesionales como las guerrillas revolucionarias que surgieron en los últimos decenios en América Latina. Hoy en día, el movimiento parece estar más cercano a Gandhi y a Martin Luther King, que a Guevara. Su lucha contra el racismo y por la dignidad también lo aproxima a Mandela y a la lucha contra el *apartheid*.

Pese a declarar: "Soldados para que mañana los uniformes militares sólo se usen en los bailes de disfraces",¹¹ los zapatistas no son pacifistas. Ya una vez usaron las armas y dicen estar listos para volverlo a hacer; de hecho, no las han guardado. Para la marcha hacia México, en septiembre

¹⁰ Una ocupación militar masiva, la masacre de Acteal (22 de diciembre de 1997), las operaciones de desmantelamiento de los "municipios autónomos" y muchas otras provocaciones que ha perpetrado el gobierno no han conseguido, hasta ahora, que los zapatistas abandonen esta postura.

¹¹ Declaración del subcomandante Marcos, La Realidad, julio de 1996.

de 1997, las dejaron en las comunidades, lo que expresó una vez más su voluntad de transformarse en movimiento civil. Pero, más allá de las barreras que ha puesto el poder, las dificultades que implica la constitución del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) ilustran el carácter problemático de una conversión semejante. Sin ser un partido, ni un cuerpo sindical ni una ONG, esta organización, que se presenta como una formación en red, pretende ser un motor de la movilización de la sociedad civil. A la fecha no ha llegado hasta allí, lo que sin duda se debe tanto a sus debilidades internas como a las de los actores sociales. El zapatismo despertó una gran simpatía entre diversos sectores de la sociedad mexicana, pero fuera de las organizaciones indígenas y de Alianza Cívica, una asociación que lucha por la participación ciudadana y contra el fraude, no ha encontrado en la sociedad los contrafuertes necesarios para transformarse en un movimiento social que sea capaz de ocupar un lugar central. Muchos de los actores sociales, incluidos aquellos que simpatizan con el zapatismo, se quedaron o han regresado a la órbita de los actores políticos clásicos, sobre todo el PRD, debido a la elección de Cuauhtémoc Cárdenas para la gubernatura de la ciudad de México, en julio de 1997.

Es en el mundo indígena donde el zapatismo ha encontrado sus puntales más sólidos y ha despertado los ecos más profundos y durables. Su mayor logro es haber reintegrado la dignidad y la confianza a esos indígenas que a menudo han interiorizado el racismo del que son objeto. La intensa expresividad del zapatismo, ligada a dicha connotación indígena, le garantiza una resonancia más allá de la esfera indígena, entre las clases medias, en los círculos intelectuales y entre los jóvenes, en México y en el extranjero. No obstante, el carácter indígena del zapatismo contribuye, a la vez, a mantenerlo alejado de ciertos sectores de la población mexicana, incluidos algunos sectores populares.

La reinvencción cultural de lo político

"A los zapatistas los hemos aniquilado militarmente y vencido políticamente", declaró un representante del gobierno mexicano. Pero la fuerza del zapatismo no proviene de sus capacidades militares ni de su peso político. Su fuerza es, ante todo, de orden simbólico.

El levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994, día en que entra en vigor el TLCAN, reviste esencialmente el carácter de un golpe simbólico. Éste fue precedido, el 12 de octubre de 1992, en San Cristóbal, por una especie de ensayo general, en la forma de una marcha de protes-

ta contra la celebración del quinto centenario del Descubrimiento de América; y le siguió, en febrero de 1994, otra representación escénica: el diálogo en la catedral de San Cristóbal, ocasión en la cual se vio a Marcos desplegar una enorme bandera mexicana, lo que expresaba que la identidad nacional es un elemento central de la lucha. Otras tantas manifestaciones, con diversos grados de teatralización, tuvieron lugar posteriormente: la Convención Nacional Democrática, con su evocación del *bateau ivre* de Fitzcarrald, en agosto de 1994; la ocupación de numerosas municipalidades de Chiapas, en diciembre del mismo año; la consulta nacional e internacional, en agosto y septiembre de 1995; el encuentro intergaláctico de 1996, etc. En septiembre de 1997, la marcha de 1 111 zapatistas (que decían representar al mismo número de comunidades indígenas) tomó, para llegar a la ciudad de México, el mismo camino que el Ejército Libertador del Sur, de Emiliano Zapata, y recordó las manifestaciones por los derechos cívicos que se organizaron en Estados Unidos, en los años sesenta. El propósito de tales iniciativas no era apoderarse de posiciones estratégicas, de lugares materiales, sino de romper el cerco, al llamar la atención de la sociedad mexicana y de la opinión internacional.

La ocupación de San Cristóbal, declaró Marcos, transcurrió "como un poema". El Ejército Popular Revolucionario (EPR), guerrilla revolucionaria de corte clásico, consideró conveniente hacer saber a los zapatistas que la política no es una extensión de la poesía por otros medios. Pero el impacto del zapatismo proviene precisamente de su capacidad para arrasar con el lenguaje estereotipado, así como con las jerarquías y las prácticas en vigor entre las organizaciones políticas y político-militares. Contra la monopolización de la política por las vanguardias y los partidos, el zapatismo se propone reinventar la política, movilizandolos recursos culturales y a la sociedad civil.

En mayo de 1968, los ocupantes del teatro del Odeón, en París, escribieron en el frontispicio del edificio aquella frase que se volvió célebre: "La imaginación toma el poder". El zapatismo tiene un parentesco libertario con los levantamientos de 1968 que recorrieron el mundo. Como la mayor parte de ellos, se propone cambiar la sociedad y la cultura política, extender el campo de lo político hacia las cuestiones culturales, entendidas como problemática de sentido, afirmar a los sujetos en su identidad y sus diferencias, ofrecer información y comunicación intercultural. El zapatismo es un movimiento de liberación, que lucha a la vez por los derechos socioeconómicos, políticos y culturales. Su horizonte es el de una democracia que no ha de ser solamente política y social, sino también cultural.

DEMOCRACIA POLÍTICA, DEMOCRACIA SOCIAL Y DEMOCRACIA CULTURAL

La democracia se definía, clásicamente, por la relación entre el Estado y el sistema político. Es así como aún la define la mayoría de los politólogos y es así como la conciben, tanto en México como en el resto del mundo, quienes consideran que la democratización consiste, primero o exclusivamente, en la redefinición de las reglas del juego político, en reformas tendientes sobre todo a separar el sistema político del Estado y a terminar con un centralismo presidencial excesivo. El objetivo de la democratización que tiene lugar en este país, desde los años ochenta y que supuestamente tendría que culminar en el año 2000, es salir de setenta años —cuando menos— de un régimen autoritario e instaurar una democracia política. El sistema del partido-Estado, caracterizado por la fusión del sistema político y el Estado, presenta ya profundos resquebrajamientos. La descomposición del partido sobre el cual descansaba el régimen está ya muy avanzada. Al mismo tiempo, se encuentra en marcha la recomposición del sistema político, o más precisamente, la construcción de un sistema político más abierto (con dos o tres partidos principales) y disociado del Estado. Ésta ha tenido avances y retrocesos, pero las elecciones de julio de 1997 elevaron la esperanza de que pueda dar un salto cualitativo decisivo en las elecciones presidenciales del año 2000.

Sin embargo, en México como en todo el mundo, esta concepción de la democracia, heredada del siglo XVIII inglés, estadounidense y francés, aparece hoy insuficiente. En la actualidad la democracia se construye, sobre todo, por la relación entre el sistema político y los actores sociales y culturales.

En el contexto de la filosofía de la Ilustración, el sujeto libre se define en términos de una universalidad abstracta; se encarna en sujetos morales y en ciudadanos, iguales e idénticos, en cuanto son seres racionales intercambiables. Por el contrario, la democracia social y cultural, que buscan los movimientos sociales actuales, está formada por sujetos concretos, iguales y diferentes entre sí; sujetos personales que se definen por identidades múltiples y cambiantes (grupos sociales, género, comunidades culturales, étnicas, religiosas, nacionales, etc.). “Hoy en día, [la democracia] defiende la diversidad de los actores, de las culturas, de las asociaciones, las minorías y, más esencialmente, la libertad que descansa en una sociedad diversa y cambiante, con el reconocimiento del otro como Sujeto.”¹² El zapatismo se inscribe en ese cambio de perspectiva:

¹² Alain Touraine, *Pourrons-nous vivre ensemble?*, París, Fayard, 1997, p. 296.

—Los partidos y actores políticos clásicos desconfían de los actores sociales (caso del PAN y del sector modernista liberal del PRI) o los conciben como una clientela (caso de los sectores tradicionales del PRI y de los sectores del PRD que perpetúan la tradición populista, aunque se proponen renovarla).

—El “neozapatismo”, que se construye a partir del encuentro con la sociedad civil, en 1994, hace descender la cuestión de la democracia de las alturas de la pirámide y la sitúa en las relaciones entre el sistema político y los actores sociales, sobre todo los actores sociales étnicos. La democracia, según los zapatistas, se distingue del populismo que “clienteliza” a la sociedad; que subordina los actores sociales al partido y al Estado nacional-popular; que moviliza e integra, pero desde lo alto de la pirámide. Ahí radica la principal diferencia entre el zapatismo y el cardenismo. El nacional-populismo, que constituyó la principal corriente política en México y en el conjunto de América Latina durante el siglo XX, trata a los actores sociales como agentes del sistema del partido-Estado. Los zapatistas, por su parte, preconizan la autonomía de los actores sociales, que deben guiar a los actores políticos y no la inversa. Tal es el sentido de la fórmula: “mandar obedeciendo”.

—La voluntad de trasladar el debate sobre la democratización de la relación entre el sistema político y el Estado, a la relación entre los actores sociales, por una parte, y el sistema político y el Estado, por el otro, se redobra con la voluntad de reafirmar la diversidad en el interior de la sociedad civil y exigir el reconocimiento de las diferencias y de la pluralidad cultural. Éste es el sentido del aforismo zapatista antes citado: “el mundo que queremos es un mundo donde quepan muchos mundos”.

Como muchas otras sociedades que salen de regímenes autoritarios, México encara, simultáneamente, la tarea de instaurar un sistema político democrático y aquellas que derivan del surgimiento de la sociedad civil y de la reivindicación de los derechos culturales, al tiempo que atestigua la expresión de demandas relativas a los derechos sociales amenazados por las leyes del mercado.

Construir un sistema político disociado del Estado es lo que está en juego en la reforma política, en las relaciones entre los partidos, en las elecciones sucesivas. Garantizar la defensa y promoción de los derechos del hombre y del ciudadano es lo que persiguen muchas asociaciones y ONG, especialmente Alianza Cívica. Defender y, en su caso, ampliar los derechos económicos y sociales es el punto central de la renovación sindical y el objetivo de muchas asociaciones, como El Barzón. Vincular el impulso de los derechos cívicos y los derechos económicos y sociales a la reafirmación y reco-

nocimiento de los derechos culturales es el motivo de lucha de muchas organizaciones y movimientos, como ciertos sectores del Congreso Nacional Indígena, del movimiento de las mujeres, del movimiento ecologista. Pero el zapatismo es el que puso en primer plano, de la manera más elaborada y coherente, la necesidad de conjugar los derechos cívicos (democracia política), los derechos sociales (justicia social) y los derechos culturales (identidad, libertad). Marcos ha expresado con fuerza, a veces incluso con poesía, la idea de que, en los albores del siglo XXI, la invención democrática se hace mediante la resistencia y la creatividad, mediante el rechazo de la dominación y la dependencia, mediante la afirmación y expansión de la libertad del sujeto. Ésta es la razón por la que su figura y sus textos han tenido tal resonancia.

¿CUÁLES SON LAS PERSPECTIVAS?

El zapatismo se desempeña mejor cuando se trata de acciones ejemplares y expresivas, que en lo que se refiere a estrategias, conductas instrumentales, organización y propuestas. Son más las preguntas que plantea que las respuestas que ofrece, lo cual resulta refrescante en los finales de un siglo dominado por las doctrinas y los sistemas, un siglo que se atiborraba de respuestas para no tener que hacerse preguntas.

Pero, tras cada iniciativa fuerte, el ánimo vuelve a decaer. ¿Cómo perdurar? El desgaste propio del movimiento y la guerra de deterioro que se ha emprendido contra él vuelven incierto su futuro. Numerosos peligros lo amenazan, entre ellos el de una involución hacia las tendencias antieconómicas, antidemocráticas, comunitaristas, autoritarias y guerrilleras que marcaron sus orígenes y de las que no ha logrado desprenderse del todo. Sin embargo, pese a sus insuficiencias y errores, y cualquiera que sea su futuro, el zapatismo contribuyó a descubrir un horizonte obstruido por la burbuja financiera. Su proyecto de conjugar identidad y democracia se enlaza con aspiraciones que también se reivindican en el "Primer mundo", sobre todo en Europa. El zapatismo, dice Marcos, no aspira a hacer surgir una nueva internacional, un programa para la revolución mundial, una nueva ideología o una "teorización de la utopía" para luchar contra la angustia resultante de la brutal ley del mercado. Pero, entonces, ¿a qué aspira? A un mundo hecho de muchos mundos, de ecos y correspondencias, a "una red de voces que nace resistiendo, reproduciendo su resistencia en otras voces todavía mudas o solitarias".¹³

¹³ EZLN, *Crónicas intergalácticas. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, Chiapas, México, p. 275.

El zapatismo se ubica en la perspectiva, que esbozó Edgar Morin, de un pensamiento y una experiencia “para salir del siglo XX”, de ese siglo de hierro dominado por dos totalitarismos, incommensurables, tajantemente distintos, pero ambos inspiradores de masacres masivas. El zapatismo abandona las respuestas hechas, las categorías cuadradas y los sistemas ideológicos, privilegia la interrogación y coloca en el centro el principio de indefinición, de indeterminación. Da un lugar al imaginario, al sueño, a la poesía, a la emoción, a las desesperanzas y esperanzas. “Hablarle al corazón y no sólo a la cabeza.” Nace de la violencia de la modernidad, de los desgarramientos que hoy en día son los desgarramientos de las experiencias individuales y colectivas, e intenta contribuir a la recomposición mundial, mediante la afirmación de la sociedad civil y el reconocimiento de la pluralidad de identidades culturales, tal como se viven en las sociedades modernas. Una contribución imperfecta y quizá fugitiva —pero significativa— a una obra que no responde a un modelo preestablecido y que no puede ya aspirar al acabamiento; que no puede apelar a una finalidad determinada de la Historia. Los defensores del “sistema mexicano” y en general los adeptos de la *realpolitik*, los nostálgicos de las ideologías agotadas, como otros que han cambiado la lógica del sistema por la lógica del mercado, acusan al movimiento zapatista de ser “antisistémico”. En realidad le rinden un homenaje. Defendiendo el punto de vista de los actores y no el del sistema, es como el zapatismo abre una brecha para entrar en el siglo XXI.

Traducción de LORENA MURILLO S.

BIBLIOGRAFÍA

- Castañeda, Jorge G., *Sorpresas te da la vida*, México, Aguilar, 1994.
- Collier, Georges, *¡Basta! Tierra y rebelión zapatista en Chiapas*, México, UNACH/Institute for Food and Development Policy, 1998.
- Díaz-Polanco, Héctor, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1997.
- EZLN, *Documentos y comunicados*, 3 tomos, México, Era, 1994, 1995, 1997.
- Fuentes, Carlos, *Nuevo tiempo mexicano*, México, 1994.
- García de León, Antonio, *Resistencia y utopía*, 2 tomos, México, Era, 1985.
- Gilly, Adolfo, *Chiapas. La razón ardiente*, México, Era, 1997.
- Grange, Bertrand de la, y Maite Rico, *Marcos: la genial impostura*, México, Aguilar, 1998.
- Le Bot, Yvon, *Subcomandante Marcos, El sueño zapatista*, México, Plaza & Janés, 1997.
- Legorreta Díaz, María del Carmen, *Religión, política y guerrilla en Las Cañadas de la Selva Lacandona*, México, Cal y Arena, 1998.
- Leyva Solano, Xochitl y Gabriel Ascensio Franco, *Lacandona. Al filo del agua*, México, CIESAS/UNAM/UNICACH/FCE, 1996.
- Lobato, Rodolfo, *Les indiens du Chiapas et la Forêt Lacandone*, París, L'Harmattan, 1998.
- López y Rivas, Gilberto, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdés, 1995.
- Monod-Becquelin Aurore (coord.), *Feu maya. Le soulèvement au Chiapas*, París, Ethnies, 1994.
- Montemayor, Carlos, *Chiapas. La rebelión indígena de México*, México, Joaquín Mortiz, 1997.
- Moreno Toscano, Alejandra, *Turbulencia política. Causas y razones del 94*, México, Océano, 1996.
- Rovira, Guiomar, *¡Zapata vive!*, Barcelona, Virus, 1994.
- , *Mujeres de maíz. La voz de las indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista*, Barcelona, Virus, 1996.
- Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de Las Cañadas*, México, Cal y Arena, 1995.
- Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México, CIESAS/CEMCA, 1995.
- Womack Jr., John, *Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista*, México, Cal y Arena, 1998.
- Zermeno, Sergio, *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, México, Siglo XXI Editores, 1996.